

CONFERENCIA ENTRE LA RAZON Y EL CALCULO

JUAN PANDO DESPIERTO

Historiador

La paz necesita de una firmeza y ductilidad especiales. Si tan cierto es que hay fundamentos a los que no debe renunciarse (la seguridad nacional, independencia, unidad territorial), existen otros principios (coparticipación en tareas institucionales, cogestión económica o diplomática, unidad militar, moneda común), en la que uno o más Estados pueden llegar a un entendimiento. Básicamente, es una metodología confederal. Tal vez aquí, en la más extensa y noble comprensión del término, estribe una de las raíces que conduzcan a una pacificación de las actitudes bélicas en Oriente Próximo.

La Conferencia de Madrid, por tanto, debe ser no tanto un lugar de encuentro entre viejos enemigos —algo que, por sí, ya es sumamente importante, incluso excepcional—, sino un auténtico foro de ideas hacia la paz. Porque si la paz se creyera factible en base a sostener cada una de las partes sus viejos mandamientos de seguridad o de derecho histórico, entonces nunca se alcanzaría tal realismo en un escenario tan devastado por la sinrazón como las tierras israelo-palestinas, y sus trágicas connotaciones en Líbano, Gaza y las alturas del Golán (Siria).

Pero proyectar soluciones no es posible sin antes efectuar un somero recorrido por las viejas causas que regularmente condujeron a la guerra como norma de conducta. Y a esta directriz se somete este análisis: primero, explicación del fenómeno geohistórico y estratégico, después, formulación de algunas reflexiones sobre su posible solución.

Trataremos así de ser fieles a lo explicitado en el titular: un punto de entendimiento entre la razón y el cálculo, esto es, lo imprescriptible y lo posible.

UN VIEJO ESCENARIO DE CONFLICTOS

Palestina es tierra donde la guerra fue, en sí misma, una cultura. Tras el paso de Roma y Bizancio, y los focos tumultuosos de omeyas y abbasíes en Damasco o fatimíes en El Cairo, todo Oriente Próximo cayó bajo la autoridad de los turcos seljúcidas, y la toma de Constantinopla en 1453 señaló la imposición de un sistema inflexible, la Sublime Puerta, que extendería desde Estambul su voluntad represora sobre los espacios afroasiáticos.

Los sultanes de Estambul entendieron Palestina como algo conveniente para su prestigio estratégico. Jerusalén, a la que podemos definir como **ciudad-principio** para las tres religiones monoteístas más importantes de la humanidad, suponía un florón exquisito para cualquier política orgullosa. Los Santos Lugares eran un horizonte primordial para tres culturas y otras tantas políticas.

El Egipto liberado de la tutela otomana intentó apoderarse de estos grandes valores en 1831, pero Estambul, con la colaboración de las potencias europeas, no interesadas entonces en una desmembración de la Sublime Puerta, la auxiliaron de tal modo que el orden otomano pudo volver **a su sitio**. Y así seguiría hasta la convulsión de la Gran Guerra. La entrada del mariscal Allenby en Jerusalén (9 diciembre 1917), significó el principio del fin para el poder otomano, y reforzó un intervencionismo británico en el área que se había expresado hacia unas semanas con un carácter **loable**, promotor de una **regeneración** religioso-estratégica: la Declaración Balfour (por el ministro de Asuntos Exteriores británico Arthur James, primer conde de Balfour), carta de intenciones dirigida por el titular del Foreign Office al eminente banquero judío Lord Rothschild y hecha pública el 2 de noviembre de 1917, se mostraba favorable al establecimiento en Palestina de un "hogar nacional" para la comunidad judía, pero hacía ver expresamente su intención de no perjudicar otros intereses culturales o étnicos: "... y desde luego, nada habrá de ser hecho que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías existentes en Palestina".

Quedaba sembrada así una política intervencionista británica que no podría sortear los compromisos morales que una acción semejante provocaría en otras potencias (Estados Unidos). La Declaración Balfour se convirtió en el banderín de enganche de un sionismo expansivo. Los

palestinos, faltos de un reclamo signico similar, quedaron en inferioridad manifiesta, pese a mantener sobre el terreno el peso indiscutible de su superioridad demográfica y de registros notariales sobre la tierra.

Mientras tanto, Allenby siguió presionando contra las líneas turcas, y en el comienzo del otoño de 1918 dio la estocada final: Nazaret, Alepo y finalmente Damasco (1 de octubre) eran liberadas. La desarticulación de Turquía fue, junto con la desmembración del imperio austro-húngaro, una inversión estratégica de la magnitud que supondría en 1991 la quiebra de la Unión Soviética. La política de Londres podía entonces haber estudiado un plan equitativo sobre el equilibrio étnico-religioso de las tres culturas o, incluso, haber creado una gran confederación árabe-judeo-cristiana, que hubiese supuesto un modelo de convivencia universal. En lugar de eso, y después de que la Sociedad de Naciones hubiese aprobado la aplicación del mandato británico sobre Palestina, se limitó a imponer métodos vulgarmente colonialistas, incapaz de desprenderse de la oleada posesiva hacia las tierras africanas y asiáticas que dominaba entonces a las principales cancillerías europeas.

LA BATALLA POR LA TIERRA

La comunidad judía había sido paulatinamente desplazada de su hábitat geocemotional por la presión sostenida que ejercían las masas arábigas desde el interior de los espacios de la Gran Siria. A principios del siglo XIX, los estudios históricos coinciden en señalar que la población fluctuaba entre los 680-710.000 habitantes para toda Palestina, y los porcentajes eran los siguientes: 80 por 100 de musulmanes, 10 por 100 de cristianos y un 8 por 100 de judíos como niveles religiosos más significativos. Bernabé López García, que ha estudiado bien el problema, recuerda que los judíos, estimados en unas 58.000 personas, se asentaban sobre una parte infima de las propiedades: el 3 por 100 de la tierra. La distribución de estas gentes se situaba, a grandes rasgos, así: los judíos ubicados en las ciudades costeras y en Jerusalén, con escasísima representación patrimonial en el medio rural, mientras los musulmanes dominaban mayoritariamente en el campo, en el que subsistían grandes latifundios de las principales familias palestinas de credo islamita.

Palestina, bajo la férula británica, ofrecía posibilidades inimaginadas para el irredentismo judío. El muro otomano vencido, todo era posible,

incluso el ideal del **Judenstaat** (Estado de los judíos) que definiera el escritor judío húngaro Theodor Herzl (1860-1904) en el Primer Congreso Sionista celebrado en Basilea en 1897, que fue el arranque de una corriente migratoria de los judíos centroeuropeos hacia Palestina.

El ruso Chaim Weizmann (1874-1952), quien con el tiempo sería el primer presidente de Israel, desarrolló las tesis de Herzl desde su puesto como presidente de la Organización Sionista (entre 1920 y 1946). Poco a poco, venciendo grandes dificultades, los judíos tendrían una presión migratoria constante, pese a lo cual, en 1922 los judíos eran el 11,1 por 100 (83.780 personas), los cristianos retrocedían levemente (el 9,5 por 100, con 71.474 habitantes), y los musulmanes mantenían, con el 78,4 por 100 (589.177 personas) el poder del número.

Los palestino-islamitas recibieron aceptablemente bien a los emigrantes judíos, salvo incidentes aislados. Y ello pese a que los recién llegados, por tradicional fundamento grupal, inmediatamente se apartaban de las otras etnias y culturas. Sostenidos por un aporte continuo de fondos económicos que llegaban desde el exterior, y amparados en su secular efectividad comercial, los judíos pudieron ir comprando tierras a los pasivos terratenientes musulmanes. Este dinero **fácil** que recibiera la clase feudal islamita sería la llave patrimonial por donde se iría degradando la asimetría estratégica entre judíos y musulmanes.

El mandato británico de 1922 previó la creación de sendos organismos, la Agencia judía y la musulmana, con objeto de favorecer tímidas estructuras autonomistas locales. El intestinismo típico de las conductas árabes liquidó el proyecto musulmán, mientras el judío comenzaba a cobrar entidad precisamente bajo la dirección de Weizmann, que gestionaría la Agencia entre 1929 y 1946. En 1931, los judíos —que llegaban en formaciones de un promedio de 10.000 emigrantes anuales— eran ya 172.028 personas (el 16,9 por 100), frente a los 753.812 musulmanes (el 73,3 por 100). En 1942, estos porcentajes se habían aproximado aún más (29,9 por 100 para los judíos y 61,4 por 100 para los musulmanes), mientras el de los cristianos seguía decreciendo: el 7,9 por 100. Estos datos respondían no sólo al irredentismo judío en favor de ocupar la mítica Palestina, sino que se veía aumentado por las persecuciones nazis en Centroeuropa (especialmente virulentas desde 1934-35) y los severos controles de inmigración en Estados Unidos. Al cerrar los postigos el ideal americano y Europa convertirse en una escena acelerada de martirio, los judíos comenzaron

a encontrar de una lógica aplastante su asentamiento en Palestina. Sólo en 1935 llegarían 62.000 judíos. Nuevas compras de tierras, crecimiento de las ciudades y aislamiento del campo musulmán, que fue consciente de la pérdida de su superioridad ideológica y patrimonial.

Una torpe provocación judía al celebrar en Jerusalén en mayo de 1935 un Congreso Sionista, originó un profundo malestar entre la población musulmana, que se concretaría en las revueltas de abril del año siguiente, con la proclamación de una huelga general indefinida y disturbios constantes que durarían hasta octubre. El resultado fue la articulación de un nacionalismo árabe no menos irredente que el sionista, que tendría en la figura del Gran Muftí (**mufti**, "jurisconsulto" en árabe) de Jerusalén, Hayy Amin al-Husseini, un elemento perturbador de trágica trascendencia.

LOS REPARTOS ESTRATEGICOS

Francia y Gran Bretaña se habían repartido Oriente Próximo por el famoso acuerdo Sykes-Picot en mayo de 1916, un afán de delimitar las respectivas zonas de influencia antes de que empezaran los conflictos entre los nuevos estados vasalláticos que emergerían al hundirse la Sublime Puerta. Sin un poder árabe **central** (que podía haberlo representado el emir Faysal al Husseini, el legendario príncipe hachemí, amigo del mayor T.E. Lawrence o **Lawrence de Arabia**), el panislamismo sería **fácil de dirigir** y efectivamente lo fue, una vez que el efímero reino de Damasco instaurado por Faysal en 1920 recibió el fulminante veto de París, que conocía las simpatías probritánicas del emir e hizo ver sus derechos **adquiridos** sobre Siria y Líbano en el pacto Sykes-Picot. Por la Conferencia de San Remo (19-26 de abril de 1920) los derechos franceses fueron reconfirmados y Faysal recibió un ultimátum.

Las tropas francesas de Gouraud aplastaron a las unidades islámicas y Siria quedó como protectorado de Francia hasta 1943 (intervención de los británicos y los franceses libres del general Catroux). Se rompía de esta forma la posibilidad de una Palestina de tres culturas bajo la égida de un monarca tolerante y culto como Faysal, quien, sin embargo, al obtener Londres el dominio sobre Irak recibiría en compensación este reino. En 1932, Irak ingresaba como miembro de pleno derecho en la Sociedad

de Naciones, un año antes de la muerte de su activo soberano.

Faysal era hijo del jerife Husayn, jefe espiritual de los musulmanes como caudillo **protector** de La Meca. Pero en 1919 un brutal wahhabí, el saudí Ibn Saud le derrotaría, obligándole al exilio e imponiendo a los wahabbies como gestores espirituales del Islam. Londres vio con **buenos ojos** esta permuta, pues los hachemíes, por su carácter de legitimidad islámica y su concepción unitaria de los pueblos árabes, eran enemigo a batir. Otro hijo de Husayn, Abd Allah ben Husayn, nacido en 1882 y conocido en Occidente como el príncipe Abdullah, representaría un papel crucial en la suerte de Palestina.

La política británica vio pronto en el perspicaz Abdullah un elemento de estabilidad para sus propósitos: dúctil, ingenioso, noble en todo lo que el término permitía entonces en aquellas circunstancias históricas, y levemente prooccidental, sin por ello dejar de ser árabe **profundo**, el príncipe quedó como rey en **expectativa de destino** sobre lo que se denominaba Transjordania, la tierra dividida por el bíblico río Jordán. Su parte occidental, empero, fue segregada para depender del mandato de Gran Bretaña sobre Palestina. Abdullah, paciente como buen árabe, se dedicó a formar un selecto ejército con sus fieles beduinos, que sería la Legión Árabe, primero bajo el mando del general Peake (1921-1939) y después bajo la tutela de Sir John Bagot, más conocido como **Glubb** bajá. Al finalizar la SGM, y como premio a sus lealtades, Transjordania se convirtió en reino al renunciar Londres a su mandato (22 marzo 1946).

Abdullah creía posible sustituir a los británicos en cuanto éstos se fueran, convencido de la incapacidad de Londres para **entender** la dinámica política en estas tierras de tres sociedades y tres pensamientos que, vertiginosamente, convergían en una dualidad combativa: árabes contra judíos.

EL IDEAL ROTO: SE IMPONE LA PARTICION

Las naciones reunidas en Versalles en 1919 para tratar sobre la paz mundial se fijaron también en Palestina. El presidente Wilson, sensibilizado por el problema, alentó el envío de una comisión interaliada para que estudiase la situación sobre el terreno. Bastante molestos por la iniciativa estadounidense, ni franceses ni británicos designaron sus representantes

para la comisión, que fue enteramente integrada por norteamericanos y que se conocería como Comisión King-Crane. Sus informes fueron concluyentes en el sentido de mostrar la absoluta hostilidad de la población (cerca de un 90 por 100) al establecimiento de un Hogar Nacional para los judíos.

Winston Churchill, en principio claramente projudío, redactó en 1922, siendo ministro de Colonias, un **Libro Blanco** en el que puntualizaba los términos de la Declaración Balfour. Decía por ello, ajustado a la precisión lingüística, que en dicha declaración "no se definía que Palestina, en su totalidad, tuviese que convertirse en un Hogar Nacional judío, sino que estipulaba que tal Hogar habría de fundarse en Palestina".

El primer Alto Comisario, Sir Herbert Samuel, no se sintió ni poco ni mucho afectado por estas conclusiones. En 1921 había nombrado para el cargo de presidente del Concilio Supremo Musulmán al ya citado Hayy Amin al-Husseini, agitador extremista conocido por sus incursiones contra asentamientos judíos y situado de esta forma, como gran Muftí de Jerusalén, como cabeza espiritual visible del irredentismo islamita.

Los años veinte transcurrieron en una calma tensa, rota en la década siguiente por las mutuas provocaciones. En noviembre de 1935 cinco partidos árabes de palestina —dos de ellos controlados por las grandes familias rivales, los Nachachibi en el Partido de la Defensa Nacional, y los Husseiní, ligados al Partido Árabe Palestino— redactaron un memorándum que entregaron al entonces Alto Comisario, Arthur Wauchope, para tratar de encontrar una **solución**. En resumen, se pedía la suspensión total de la inmigración judía, la prohibición de venta de tierras "a los extranjeros", y la constitución de un Parlamento con representación proporcional en él de las tres colectividades. Obviamente, los judíos, en minoría, se negaron en redondo a tal propuesta. Los radicales palestinos reaccionarían con la creación del Alto Comité Árabe, presidido por el inefable gran Muftí de Jerusalén, con sus actitudes savonarolescas, que terminaría por ser disuelto, exiliándose Hayy Amin al-Husseini en Beirut.

La tensión estaba ya bien definida: los judíos presionaban para implantarse territorialmente, y los árabes resistían, considerándose unos y otros como "defensores del suelo sagrado". Se estaban conformando actitudes patrióticas de tal intensidad que sólo podían conducir a plantear similares guerras por la independencia. Ya en octubre de 1930, el ministro de Colonias, lord Passfield, preocupado por el cariz de los informes migratorios, había propuesto en su

Libro Blanco limitar la inmigración judía de acuerdo con las proporciones del desempleo que se produjera en la población de la misma etnia, y simultáneamente en la árabe. Era una propuesta comedida, pero a la que nadie hizo caso.

En julio de 1937 hizo públicas sus conclusiones la Comisión Peel, que apostaba, sin ambages, por una partición del territorio, dada la incompatibilidad manifiesta entre ambas políticas nacionalistas. Nacía así un fuerte Estado árabe-palestino, que englobaba la mayor parte del territorio, y un minúsculo ente estatal judío (concentrado en Galilea y una pequeña franja costera a la altura de Rehovot). La Comisión Woodhead en 1938 modificaría estos límites, ampliando la estatalización de la comunidad judía hasta Tel Aviv. Quedaba así definido un Estado árabe dividido en dos zonas, una centro-meridional (Nablus, Gaza y el desierto del Neguev) y otra septentrional, en el límite con Líbano, con San Juan de Acre como su foco sociopolítico principal. Jerusalén y una porción central importante del país quedaba bajo mandato británico. Era una solución conflictiva y nadie la aceptó, unos y otros considerándose "insultantemente" tratados.

En abril de 1939, luego de fracasar en Londres una reunión de árabes, judíos y autoridades británicas, se celebró en El Cairo una asamblea árabe-palestina que acordó la formación de un Gobierno Nacional Palestino que debería ser reconocido por Londres. Se limitaba (conceptualmente, claro está) la inmigración judía a un máximo de 15.000 efectivos anuales, cifra que se mantendría durante un quinquenio, pasado el cual el cupo de los judíos en Palestina no debería nunca sobrepasar el tercio del total de la población. Londres se limitó a no reconocer la formación de ese gobierno palestino, y el enésimo **Libro Blanco** publicado ese mismo año volvía a definir conceptos de concordia que apenas ya tenían sentido. Iniciada la catástrofe mundial, el gran Muftí emigró a Bagdad (octubre de 1939) y después a Berlín. Comenzaba la pelea de las actitudes dogmáticas.

LA HORA DE LAS VIOLENCIAS

Londres no entendió Palestina como una especificidad altamente arriesgada para su política exterior, que podría comprometer toda su estrategia en Oriente Próximo. Se daría cuenta después de la SGM, pero ya era tarde.

La guerra había visto hasta dónde llegaba el acorralamiento del sentir árabe, asfixiado

por el colonialismo franco-británico, y que aprovechó la ocasión de la derrota o retroceso de los imperios europeos para hacer visible su revanchismo de la peor especie. Las imágenes del gran Muftí de Jerusalén, saludando brazo en alto a Hitler en su Cancillería, crisparon a la opinión pública occidental y causaron un daño tremendo a la legitimidad árabe. Como oposición, los judíos trataron de alistarse en gran número bajo las enseñas inglesas: cerca de 32.000 voluntarios, según el historiador militar israelí Netanel Lorch. Sólo unos pocos miles lo conseguirían, entre ellos un joven capitán, Moshe Dayan, futuro jefe del Estado Mayor de Israel, que perdería su ojo izquierdo en la campaña de Siria. Conviene señalar que otros 12.000 judíos, alemanes en este caso, lucharon patrióticamente por su país en las filas de la *Vermacht*, según precisan Shlomo Ben Ami y Zvi Medin.

La Agencia Judía había propuesto su propio plan de partición de Palestina en 1948. En él, **naturalmente**, los límites territoriales se invertían: la mayor parte del territorio pasaba bajo jurisdicción judía. Pero el estallido del conflicto mundial hizo pensar al sionismo que la única potencia vencedora posible serían los Estados Unidos, que impondrían sus directrices sobre las viejas potencias coloniales.

La dimensión del **lobby** judío en la naturaleza socioeconómica estadounidense era impresionante: amplísimas participaciones en el mundo editorial, periodístico, financiero, cinematográfico e institucional, lo que auguraba una muy favorable potencialidad en la inminente guerra de propaganda que se desataría en pro de un Estado judío en Palestina. La Casa Blanca apenas podría resistir ante los intereses mayúsculos en juego, que cubrían parcelas vitales entre empresarios, gobernadores, congresistas o senadores. Nada de extraño tendría entonces que en el mes de octubre de 1945 se constituyese una Comisión mixta anglonorteamericana para ver de llevar a cabo las sugerencias del presidente Harry S. Truman (efectuadas en agosto), que "recomendaba" a las autoridades británicas la admisión en Palestina de 100.000 nuevos emigrantes judíos. La Comisión hizo público su informe el 1 de mayo de 1946, aceptando el supuesto numérico de la masa migratoria judía y recomendando, a su vez, la suspensión de las restricciones a la venta de tierra palestina a los colonos judíos.

Londres se inquietó sobremanera. Afortunadamente para la historia británica, pero desafortunadamente para la realidad de aquel momento, Gran Bretaña contaba con un ministro

de Asuntos Exteriores. Ernest Bevin (1881-1951) que vio claramente el disparate de permitir la desarticulación del equilibrio étnico-territorial, lo que conduciría a una feroz guerra de religiones. Ya el 3 de noviembre de 1945 había definido su política: los refugiados judíos, supervivientes de la hecatombe padecida bajo el terror nazi, deberían permanecer en Europa, sin variar la cuota de inmigración, que estaba estipulada en 14.500 inmigrantes anuales. Para Bevin, era absolutamente prioritario construir un Estado **palestino**, esto es, una entidad que pudiera englobar a las tres culturas, y no un Estado judío y otro musulmán, que conduciría a la confrontación bélica. Sin embargo, tanto él como su jefe de gobierno, el también laborista Clement Attlee, no lograrían definir la política exterior de Gran Bretaña frente a las presiones estadounidenses, la sorda irritación de los gobernantes y sociedades árabes y la realidad letal del terrorismo judío.

En un intento más por guardar las formas que por ejecutar una verdadera política se reunieron en Londres, el 25 de julio de 1946, las partes en conflicto: árabes, judíos y representantes del gabinete británico. Allí estaban miembros de la recién creada Liga Árabe, del Alto Comité Árabe (cuyo presidente seguía siendo el incendiario Hayy Amin), y de la Agencia Judía, que coordinaba entonces el eficaz David Ben Gurion. La Conferencia fue un fracaso sin paliativos, sabotada por unos y por otros, y falta de una verdadera convicción británica por imponer un plan... del que se carecía.

Llegó así la hora de los extremistas. Meticulosos y con objetivos bien definidos, los judíos radicales habían desarrollado en los años treinta un denso tejido de organizaciones paramilitares, fundamentalmente la **Haganah**, que sería el esqueleto del Ejército de Defensa del futuro Estado de Israel. Apartados de ella y de sus principios de una ética militar, se encontraban dos movimientos que sólo creyeron factible una política del terror para expulsar a los británicos y atemorizar al poblamiento árabe, y contra-replicar sus incursiones: en 1929, en Safed (Galilea), terroristas árabes habían asesinado a 133 civiles judíos.

En 1935 habían surgido el **Irgún Zeva'i Le'ummi** (Organización Militar Nacional), que tuvo en su primer jefe, David Raziel, un hombre resolutivo en todas sus facetas. Raziel no dudó en aliarse con los británicos si éstos combatían las políticas árabes pronazis, y en una operación combinada sobre Iraq fue muerto en Siria durante la guerra mundial. El jefe político del Irgún sería más adelante Menajem Beguin, quien, con el

tiempo, llegaría a ser primer ministro de Israel, firmaría los Acuerdos de Paz de Camp David en 1978 junto al presidente egipcio Anwar er-Sadat, y recibiría el Premio Nobel de la Paz. Cuando el **Irgún** se unió finalmente al ejército israelí, en 1948, contaba con 3.000 miembros.

La otra organización terrorista judía era el **Lohamey Jerut Israel** (Combatientes por la Libertad de Israel), fundada en 1940 por un judío polaco, Abraham Sthern, el cual murió en una emboscada de la policía británica en 1942. El grupo se denominó desde entonces **Stern**, en memoria de quien se había conocido como **Yair** (El Iluminador), un curioso apelativo que aunaba lo profético con el resplandor de las bombas. Dirigida por Israel Schreib y Natham Mor, ejecutarían una acción sin piedad: sus miembros asesinaron a Lord Moyne en El Cairo (1944), y el 9 de abril de 1948, en Deir Yassin, un pequeño poblado al NO de Jerusalén, asesinaron bárbaramente a 200 árabes, mujeres y niños entre ellos. Por su parte, el **Irgún** se hizo mundialmente célebre con su siniestro atentado contra el hotel Rey David, en Jerusalén (21 de julio de 1946), cuya voladura parcial causó 80 víctimas mortales. El objetivo era la destrucción de las oficinas centrales del gobierno británico en Palestina.

Todos los actores se prepararon para la guerra. Los judíos compraron desesperadamente material de guerra de desecho en los innumerables arsenales que poblaban Europa y los gobiernos árabes calcularon que sus ejércitos aplastarían sin remisión a las milicias judías, a las que no darían cuartel.

La inmigración judía, pese a los sucesivos vetos británicos, prosiguió con fuerza, y entre 1945 y 1948 se estima que fueron no menos de 70.000 los inmigrantes ilegales que lograron arribar a Palestina. La imagen del patético **Exodus**, con sus cubiertas atestadas de famélicos emigrantes, pertenece a la memoria trágica de la humanidad.

APENAS HAY TIEMPO PARA PENSAR

La diplomacia internacional asumió, y con ella las recién creadas Naciones Unidas, que Palestina era una **fatalidad** histórica, trampa mortal que sólo tendría salida —y parcial— por medio de una partición urgente del país. Un plan racional fue defendido por India, Irán y Yugoslavia, tendente a federar las dos comunidades en disputa, y establecer la capitalidad del único Estado en Jerusalén. Sería rechazado por la Asamblea General de la ONU, que aprobó la

resolución 181 (29 de noviembre de 1947), por medio de la cual se establecían dos Estados: uno judío, con el 55 por 100 del territorio, incluyendo la Galilea, Tiberiades, Haifa y Beersheba (al sur), mientras dejaba a la ciudad costera de Jaffa convertida en un enclave árabe incongruente, rodeado por territorio sionista. El disparate del plan se refleja en el hecho de que la población árabe en este Estado de Israel fluctuaba entre el 48-50 por 100. Por el contrario, el Estado Palestino Árabe estaba compuesto por las provincias de Acre y Nazaret al norte, Hebrón, Nablus, Ramallah, Ramle y Yenin en el centro, y Gaza en su cara marítima meridional. La población judía en este proyecto estatal apenas llegaba al 2 por 100. Jerusalén se mantenía como entidad internacionalizada bajo la supervisión de Naciones Unidas.

El rey Abdullah observaba todos estos tumultos con bastante ecuanimidad. En privado, sostenía que los árabes (es decir, él, por ser el dirigente más afectado), podían "aceptar", con ligeras variantes, el plan de la ONU. Consciente del intestinismo panislámico, no le desagradaba la idea de mantener una sutil alianza con los judíos, con los que prefería llegar a acuerdos de mutua defensa antes que a un enfrentamiento directo. Acertaba al considerarlos **aliados peligrosos** en lugar de **enemigos seguros**, y eso pese a que contaba con la Legión Árabe, el mejor instrumento militar del islamismo irredente.

Frente a la comunidad árabe, Abdullah pasaba por ser un campeón de la causa. Y formó parte del rechazo general panislámico a la proposición de la ONU. La reacción se concretó en la configuración de un Ejército Árabe de Liberación, con un Comité Militar con sede en Damasco. Bevin intentó detener la catástrofe, pero angustiado por la suerte de los cerca de 100.000 efectivos británicos, decidió que la única solución era abandonar Palestina a la suerte... de las armas.

1947 fue un año amargo para la política británica. India, el florón de la Corona, era una entidad en trance de dislocación. Con esta trágica referencia, sometida a un terrible vaivén de revueltas y matanzas, consentir una reedición de las mismas en Palestina, un área igualmente devastada por las disputas religiosas, era algo totalmente inadmisibles para Londres. Sólo se pensó en un mal menor: que la Legión Árabe jordana avanzase hacia la ribera occidental del Jordán y ocupase la Palestina **británica**, insertándose como fuerza de contención de los radicalismos de uno y otro signo. Algo que no tendría lugar.

El rey Abdullah, entre tanto, había aconsejado

a los palestinos que aceptasen la participación decretada por la ONU. El Comité Árabe Palestino, entre cuyos miembros se contaban personalidades flexibles y perspicaces como Anwar Kahtib, se consideró "humillado" ante semejante recomendación. Cuarenta años después reconocería la bondad de aquella argumentación frustrada del monarca hachemí.

Abdullah, moderadamente ambicioso pero plenamente astuto, decidió entrevistarse con sus enemigos **irreversibles** y, a tal fin, tendió los puentes diplomáticos oportunos para un encuentro entre él y una alta personalidad judía. En las dos únicas ocasiones confirmadas, el interlocutor resultó ser una desagradable sorpresa para el rey de Jordania: Golda Meir, la firmísima judía ucraniana (1898-1978), mujer de personalidad excepcionalmente dura, muy inteligente pero escasamente dúctil, y que era uno de los pilares de la diplomacia israelí (embajadora en Moscú entre 1948-49, sería después ministra de Asuntos Exteriores entre 1956-66, y finalmente jefa de gobierno desde 1969 a 1974).

Abdullah no sólo no se entendió con Golda por el hecho de su feminidad, sino porque parecía de ser sexo **diferente**, tan extremos resultaban ser los modales y conceptos expresados por la combativa israelí. El segundo de esos encuentros tuvo lugar cuatro días antes de la anunciada marcha de las unidades británicas (prevista para el 15 de mayo de 1948), en una discreta mansión próxima al palacio de Abdullah en Ammán.

Abdullah y Golda fueron víctimas de sus propias convicciones. El monarca jordano sugirió a los judíos que le permitieran "ocupar", toda Palestina, lo que evitaría una hecatombe en las colonias judías, garantizándoles, en cambio, adecuada representación parlamentaria en las instituciones de su reino. Esto indignó a Golda, que sabía perfectamente de la futilidad de una promesa en tal sentido. Aquella noche jordana señaló el fin de una imposible cordura entre dos personajes que no estaban **concebidos** el uno para el otro. Muy poco después, el 12 de mayo, terroristas árabes atacaban el poblado judío de Kfar Hezion (al SO de Jerusalén), dando muerte atroz a un centenar de colonos judíos, 15 de los cuales fueron ametrallados y degollados luego de rendirse. Sólo había tiempo para venganzas.

TODOS RESISTEN A TODO

Un gobierno provisional judío se había creado el 25 de marzo de 1948, bajo la supervisión de Ben Gurion, muestra de la decisión de Israel

para luchar. Ante la perspectiva de que la retirada británica, señalada para el 15 de mayo, coincidiese en sábado, día santo para los judíos y esto impidiera el normal desenvolvimiento de los actos, Ben Gurion adelantó en 24 horas la Declaración de Independencia, que tuvo así lugar el viernes 14 de mayo en el Museo de Arte de Tel Aviv.

Casi inmediatamente, la Legión Árabe atacó Jerusalén, cuya parte antigua logró ocupar totalmente el 28 de mayo. De allí no saldría hasta su cruenta derrota en la guerra de 1967. Bajo un caos de luchas feroces, donde el concepto de "prisionero" no era asimilado por nadie, cinco ejércitos árabes (libanés, sirio, iraquí, jordano y egipcio) se lanzaron sobre unos 60.000 judíos, que resistirían heroicamente, dando pruebas de una cohesión sociomilitar admirable, bastión de sus futuros éxitos estratégicos. Pero el triunfo supremo, el de la paz, ambos contendientes lo perderían y por largo tiempo.

Una tregua fue establecida el 11 de junio de 1948, coincidiendo con los buenos oficios del mediador de Naciones Unidas, el aristócrata sueco Folke Bernadotte. La ONU intentaba detener la barbarie y numerosos juristas fueron convocados al efecto, entre ellos el español Pablo de Azcárate. Pero Bernadotte, en su informe preliminar, recomendaba la entrega de toda la ciudad de Jerusalén a los palestino-árabes, como medio de coordinar después un pacto de concordia entre las dos comunidades. El 17 de septiembre Bernadotte caía acribillado a balazos por terroristas judíos, miembros del grupo **Stern**.

La primera guerra árabe-israelí terminó de este modo con una victoria estratégica judía (habían resistido al afán de aniquilación islámica sobre Israel), y una relativa victoria táctica palestina (dominaban la mitad de Jerusalén y el territorio israelí era una extraña figura geopolítica, en forma de **falcata** ibera cuyos filos estaban comprimidos por el mar, el desierto y los enclaves árabes). La dimensión de seguridad se reducía a poco más de 25 kilómetros en el eje Lod-Jaffa.

Esto introducía la semilla de nuevas guerras: unos persiguiendo el objetivo de "echar al mar" a los judíos, y éstos forzados, a su vez, a conquistar mayores espacios tierra adentro, para dotar de **manobra suficiente** a su estrategia de seguridad.

El rey Abdullah se quedó sin Palestina, y los palestinos sin hogar, sin bienes y sin casi medios para subsistir. Sólo en la ciudad portuaria de Jaffa el 85 por 100 de sus 45.000 habitantes marcharon a un durísimo exilio. En Palestina

el número de emigrantes de esta primera huida palestina superó los 100.000. Otros 170.000 decidieron permanecer en sus casas y tierras bajo la bandera azul y blanca con la estrella de David. Y hacia Gaza se dirigieron otros muchos que, junto a los ya existentes, alcanzarían los 130.000. Un hormiguero de conflictos para la política israelí.

El rey Abdullah siguió mostrándose flexible incluso después de la guerra. Y accedió a revisar las fronteras militares derivadas de los sucesivos acuerdos de alto el fuego entre las partes (entre israelíes y egipcios el 24 de febrero de 1949, con Libano el 23 de marzo, el 3 de abril entre los representantes de Israel y Jordania, y el 20 de julio entre sirios y delegados israelíes). En lo que a él concernía, se trataba de variar la línea de frente en el norte de Palestina, que había seccionado la carretera entre Tel Aviv y Afula, en Galilea. Emisarios israelíes habían amenazado con seguir la guerra sin descanso hasta lograr restablecer esta comunicación. Abdullah estimó que unos pocos kilómetros cuadrados y unos **pequeños** poblados palestinos no merecían mayores sufrimientos para su pueblo, y aceptó la rectificación, lo que fue considerado como el **último acto traidor** de un rey maldito por los radicales musulmanes en todo Oriente Próximo.

Y el 20 de julio de 1951, cuando el monarca hachemí se disponía a entrar en la mezquita Al Aqsa en Jerusalén, fue tiroteado por un terrorista palestino, en presencia de su joven nieto, el futuro Husayn I (nacido en 1935). Desaparecía así una línea de entendimiento entre dos comunidades que trataron de resistir a todo, incluso al acto mismo de pensar.

Israel fue admitido finalmente en Naciones Unidas (junio de 1949), siendo reconocido por 55 Estados. Parecía este hecho presuponer una moderación de las actitudes, tanto de las judías como las musulmanas. Pero en modo alguno fue así. La Ley israelí de Retorno (julio de 1950), reconocía el derecho de todo judío a instalarse en Palestina, mientras consideraba "extranjero" a todo palestino que pretendiera volver a su tierra natal.

De esta manera, la población de origen hebreo aumentaría espectacularmente: de 650.000 habitantes judíos en el momento de la independencia, en 1948, a cerca de 3.500.000 en 1980. Es decir, una diferencia de un 500 por 100. De los países islámicos llegó un auténtico torrente humano: 120.000 procedentes de Iraq; 30.500 de Libia; 44.000 de Yemen y 165.000 desde Marruecos como nacionalidades originarias de mayor aporte numérico. En total, más de

700.000 judíos procedentes de **la tierra enemiga**.

Como muestra de lo contrario, a las primeras masas de forzados emigrantes palestinos en 1948 se unieron luego muchos más, estimándose en cerca de 500.000 palestinos los que abandonaron sus tierras y sus viviendas en las convulsiones finales tras el fin de la primera guerra árabe-israelí.

La guerra de octubre de 1956, en la que Israel cosecharía grandes éxitos, al hilo de una intervención franco-británica para impedir la nacionalización del Canal de Suez por el nasserismo, originó otra riada de refugiados: 200.000 aproximadamente que se asientan en Cisjordania y Gaza, 100.000 que se dirigen a Líbano, y cerca de 90.000 que marchan a Siria. La presión sobre Jordania —que se había anexionado en 1949 las antiguas regiones de Judea y Samaria, el conjunto que se conoce con el nombre de Cisjordania— aumentaría en ocasión de la guerra de 1967, cuando toda la Palestina occidental cae en manos judías. Líbano recibiría otra avalancha de refugiados, que desarticularía el equilibrio sociopolítico del país y sería el semillero de continuas guerras civiles. Se estima en no menos de 200.000 los nuevos refugiados. De esta forma, en 1986, el 39 por 100 de la población palestina residía en su lugar de origen, pero nada menos que el 61 por 100 se encontraba desplazada en terceros países.

La resistencia se **organizó**: los israelíes dispuestos a ganar cuantas guerra fueran precisas para defender no ya su derecho a la existencia, sino el derecho a impedir que retornasen los antiguos dueños de la tierra, y los palestinos empeñados no en llegar a un acuerdo con sus usurpadores o conquistadores, sino a eliminarlos pura y llanamente.

Ya en 1948 se habían formado los primeros comandos de **fedayin** en las proximidades de las fronteras egipcias. Para unos "combatientes sagrados", para otros, vulgares terroristas. El año de 1953 vería la vertebración de estos grupos sostenidos oficialmente por el gobierno egipcio. Y el 15 de septiembre de 1963 el Consejo de la Liga Árabe tomará la decisión de crear una organización militar palestina de liberación. Después de la Conferencia de El Cairo (enero de 1964), el Congreso Nacional Palestina se reuniría en mayo del mismo año, aglutinando a 400 delegados que aprobaron la primera Carta Nacional Palestina. En ella se hacía un llamamiento a la comunidad islámica para la **lucha final**. Su punto 15 decía así: "La nación árabe tiene la obligación de movilizar todas sus energías y fuerzas militares, humanas,

materiales y espirituales (...) para la liberación de Palestina".

Luego la pugna de las resistencias iba a tratarse como una generalidad. Sin matices. Sin cuartel. Sionismo contra islamismo. Nació así la OLP (Organización para la Liberación de Palestina), cuyo primer presidente sería el radical Ahmed Chukeiri, abogado palestino, que dimitiría en diciembre de 1967, tras la gran derrota de la Guerra de los Seis Días. La radicalización se imponía como más eficaz método de resistencia.

MAGNITUD DE LAS IRAS

Diáspora y exilio son términos que suelen confundirse, cuando no tienen en común más que el sentido de dispersión. Pero si el primero se asume como una voluntad colonizadora, comercial o descubridora, el segundo claramente hace referencia a una situación anómala, producto de una rara violencia.

Los comienzos de la diáspora (del griego **diáspora**, dispersión) judía se remontan al siglo II a.C., y hace referencia a la multitud de colonias comerciales judío-israelitas establecidas en Siria, Fenicia, Egipto y Asia Menor, extendidas luego a Chipre, Grecia, Italia y desde luego España. Se estima una cifra ponderada en torno a los cuatro millones de judíos repartidos por el imperio augusteo en su época de máximo esplendor. En cuanto al exilio propiamente dicho, una primera e inequívoca señal fue la devastación de Jerusalén tras el asalto de las tropas de Nabucodonosor II de Babilonia, entre los años 598 y 587 a.C. Siglos después, y a causa de la gran rebelión judía del año 66 de nuestra Era, Vespasiano "pacificó" el país y Tito arrasó Jerusalén cuatro años más tarde. Una nueva sublevación, capitaneada por Bar Kokebas (132-135), provocó otra nueva embestida romana y la destrucción, por tercera vez, de Jerusalén. Estos fueron hitos que marcaron el camino del exilio para gran número de judíos.

Dieciocho siglos después, un régimen tiránico, surgido en la Europa **modernista**, instituía el denominado Protocolo de Wannsee (por el nombre de un suburbio de Berlín), donde tuvo lugar, el 20 de enero de 1942, una mesiánica-reunión donde se dieron cita personalidades bestiales como las de Reinhard Heydrich, Adolf Eichmann y Heinrich Müller, fundamentos ejecutivos de las SS y la Gestapo, que instituirían allí lo que se conoció como la **solución final**: el exterminio sistemático de todos los judíos.

Hoy en día aquel espanto sigue conmoviéndonos. Y la cifra de seis millones de víctimas mortales habidas entre la comunidad judía europea sufre continuas revisiones, lo que estimo, personalmente, como un acto propio de diletantismo archivero o de autoexcusa filofascista. Para el historiador, para la sociedad, es irrelevante saber si fueron 5.800.000 los judíos aniquilados o sólo fueron cinco millones **Justos**. Los números del horror no variarán jamás el horror mismo.

Aquella atrocidad, vergüenza no sólo del pueblo alemán, sino de la humanidad entera, parece que ejerció, conceptualmente, y en Palestina, un pérfido influjo. Legitimados por tanta barbarie padecida, las autoridades judías —y la sensibilidad popular israelí en general— se permitieron todo tipo de abusos contra los vencidos, ese noble pueblo palestino que padeció cruel exilio y que ahora sufre martirio en su propio suelo. De esta brutal y circular forma de reacomodar las actitudes, el pueblo judío, que había sufrido el genocidio más aberrante que mente humana pudiera imaginar, establecía métodos genocidas sobre la población palestina, derrotada por dos veces: por no haber sabido imponerse a su agresor en el plano militar, y por practicar contra él una misma respuesta del terror: sólo entre 1969 y 1970 el número de **operaciones** (esto es, atentados) contra comunidades judías o puestos militares israelíes, sumaron la cifra de 4.606.

La negativa reiterada de los sucesivos gobiernos de Tel Aviv a aplicar las resoluciones de Naciones Unidas, como la 242 del 22 de noviembre de 1967, y la 338, del 21 de octubre de 1973, fruto de sendas situaciones bélicas extremas, que obligaban a Israel a retirarse de los territorios ocupados, generó una secuencia de violencias interminables que se dirían sobre **todos los horizontes**: desde el secuestro y voladura de aviones comerciales (en 1970), a los atentados contra los deportistas israelíes en Munich con ocasión de la Olimpiada de 1972, o el abordaje del navío **Aquile Lauro** en 1985. Organizaciones como **Fatah**, creada en 1956, o el Frente Democrático Popular de Liberación de Palestina (FPLP), fundada en 1967, y liderada por el extremista George Habach, serán sinónimo de furias vengativas, pese a que en febrero de 1969, la OLP, reunida en El Cairo, había elegido, en su quinto Consejo Nacional, al portavoz del **Fatah**, **Yasir Arafat** (nombre de guerra de Abu Ammar), como presidente de un Comité Ejecutivo que no había tenido reparos en definir sus objetivos como "el establecimiento de un Estado democrático en Palestina, en cuyo seno mu-

sulmanes, judíos y cristianos gocen de los mismos derechos".

Un ejemplo del nivel alcanzado de intestinismo y represión en la zona, fue el conflicto que enfrentó en septiembre de 1970 a palestinos (jordanos en esencia, pues el 78 por 100 de la población del reino hachemí tiene este origen) con el gobierno del rey Husayn I. Luego de salvar la vida tras dos atentados ejecutados por palestinos (9 de junio y 1 de septiembre), el Ejército jordano, siguiendo órdenes directas del rey, desencadenó una vasta operación militar contra los refugiados palestinos y sus centros de entrenamiento paramilitar. La **paz** llegó tras la derrota palestina, y un acuerdo suscrito el 27 de septiembre entre Arafat y Husayn I. Pero atrás quedaban más de 18.000 víctimas (entre ellos 3.000 muertos) en lo que se conocería como **Septiembre Negro**.

La política de **imposición** colonial de Israel sobre los territorios ocupados a raíz de su triunfo militar en 1967, incentivó a toda costa el asentamiento masivo de judíos en las tierras cisjordanas, en Gaza y en las alturas del Golán: más de 60.000 colonos establecidos hasta 1983. Sin embargo, y tras los Acuerdos de Camp David (17 de septiembre de 1978), auspiciados por el presidente estadounidense Jimmy Carter, y sellados por el tratado de paz egipcio-israelí de marzo de 1979, los judíos evacuaban la península de Sinaí en abril de 1982, y procedían al desmantelamiento de las colonias allí asentadas.

Sin embargo, aquella voluntad, engrandecida con el gesto del presidente Anwar al-Sadat en su famoso viaje al **corazón enemigo** (Jerusalén, 19-21 de noviembre de 1977), tendría su feroz réplica en el magnicidio del 6 de octubre de 1981. La muerte de Sadat fue como la de Abdullah: interrumpió toda la vía de **conocimiento** de las conductas adversas entre judíos y árabes.

Israel, por su parte, seguía inmerso en sus políticas de ira y no por replicar a las acciones terroristas con sofisticadas ejecuciones de los dirigentes palestinos de la OLP, ni tampoco por practicar un terrorismo estratégico de **gran fineza** como el bombardeo aéreo del cuartel general de la OLP en Túnez (1 de octubre de 1985, que originó 70 muertos), sino por insistir en una guerra sorda contra el factor decisivo del conflicto: la posesión de la tierra.

Ya una Ley del 14 de marzo de 1950 consideraba legítima la ocupación de las tierras "abandonadas" en Palestina. Así que primero se expulsaba violentamente a sus propietarios, y luego se les arrebatava la propiedad notarial de la tierra cuando se encontraban en el exilio.

En 1951, la ley era "revisada", en el sentido de considerar al Estado de Israel como propietario, no sólo de los bienes rurales de los **desaparecidos**, sino también de las tierras colectivas o **habus**, de carácter religioso. De esta forma, el 60 por 100 de las tierras palestino-árabes en el Estado israelí pasarían a ser propiedad de las comunidades agrarias, los **kibbutzim**, ese colectivismo sionista-socialista con insólitas precisiones marxistas: "...de cada cual según sus aptitudes y a cada cual según sus necesidades", básicamente la traducción literal del propio Marx en su **Crítica al programa de Gotha** en 1875, que señala el acceso a la fase suprema del comunismo (las dos anteriores eran el socialismo elemental y la dictadura del proletariado).

Israel ejerció, de hecho, una verdadera dictadura en Palestina, lamentable final para una idea que decía ser "liberadora del hombre", y que hizo caso omiso de todo principio del derecho internacional, y no digamos ya de resoluciones como la aprobada por la Asamblea General de Naciones Unidas el 14 de octubre de 1974, que consideraba al pueblo palestino "principal parte interesada en la cuestión palestina", obviedad que resultaba oportuno recordar.

Nada de extraño tenía que los palestinos se radicalizaran, que votasen en masa por sus representantes en la OLP y que terminaran por ejercer una verdadera guerra de guerrillas urbanas contra el ocupante, como la **intifada** (sublevación) del 9 de diciembre de 1987, comenzada como un **grito de atención** hacia la comunidad internacional e, incluso, al propio panislamismo, que parecía **asumir** la esclavitud de Palestina. Desde entonces, los muertos han superado los 1.200 según unas fuentes (otras elevan la cifra a cerca de 2.000), con otros 30.000 heridos, muchos de ellos mutilados por los métodos torturadores utilizados por el **Tsahal**, el invicto Ejército de Israel, envilecido así en su función histórica. Todo un mareante vértigo de las magnitudes de la ira.

EXPECTATIVAS Y REALISMOS

Israel ha ganado seis guerras: cuatro de carácter **general** (1948, 1956, 1967 y 1973), una de características **particulares** (la invasión de Líbano y la ocupación de Beirut en junio de 1982 para expulsar a las milicias palestinas de la OLP) y otra, la más importante, de naturaleza **universal**, que es la que llevó a cabo en enero-marzo de 1991, resistiendo estoicamente 19

ataques de misiles iraquíes, sin por ello replicar a la agresión.

Inmediatamente habrá que decir que este hecho, trascendental, pues si Israel hubiese respondido al ataque hubiera generalizado la guerra de Kuwait y a extremos impredecibles para todo el mundo, fue fruto de una determinación no menos estoica y ejemplar: la de la política de Washington, que envió sus mejores equipos tecnomilitares (las baterías de antimisiles **Patriot**) y dio absolutas garantías de liquidar la amenaza del Irak baazista, como así fue, sólo que esta última fase resultó ser **incompleta**, al permitir la supervivencia de la tiranía de Sadam Hussein en Bagdad. Pero Israel resistió (el afán de castigar al agresor), y de esta forma triunfó no sólo contra el enemigo, sino ante la comunidad internacional.

Luego olvidó pronto todas sus promesas de equidad y despreció los sucesivos eslóganes de concordia, el más comúnmente utilizado el de "paz por territorios". Nuevamente expuso sus argumentos de **seguridad limite**, con un círculo de territorios ocupados que llegaban desde las alturas del Golán (allí había capturado importantísimas fuentes de agua, vitales para los asentamientos en Galilea), a la franja meridional de la frontera de Líbano, donde un ejército de mercenarios, títere de la política israelí, el ELS (Ejército de Líbano Sur) ejercía su despótica función de patrullaje vasallático. Por último, Gaza y Cisjordania, donde 1.780.000 palestinos vivían en infrahumanas condiciones y resistían con una heroicidad —y ferocidad— no menos **totalitaria**.

Este estado de cosas fue considerado, justamente, inadmisibles por la política norteamericana y un **factótum** de tenacidad excepcional, James Baker, secretario de Estado, realizaría hasta ocho viajes sucesivos a la zona (marzo-octubre de 1991), terminando por convencer a judíos, palestinos y gobiernos árabes para que se reunieran un 30 de octubre en Madrid.

Conviene señalar que el gabinete israelí de Isaac Shamir intentó efectuar un extorsión incalificable, exigiendo, repetidas veces, durante el verano de 1991, la concesión de una autorización del Congreso estadounidense para así poder acceder a un empréstito por importe de 10.000 millones de dólares, con los que financiar los asentamientos de judíos ex soviéticos, pues más de 300.000 de ellos habían llegado a Israel entre enero de 1990 y agosto de 1991. Pero el presidente Bush tuvo el coraje de precisar, en un gran discurso efectuado el 12 de septiembre, que no consentiría semejantes **iniciativas**, máxime cuando su gobierno había concedido

ya a Israel créditos por valor de 4.000 millones de dólares. Fue entonces cuando Tel Aviv reconoció que arriesgaba efectivamente la ruptura con Washington, y decidió aceptar un **principio** de negociación (sin definir, y fuera del ámbito de Naciones Unidas) que se concretaría en el Palacio Real de Madrid.

El cambio de las mentalidades estaba ya definido, y positivamente, cuando el Consejo Nacional Palestino, reunido en Argel en noviembre de 1988, declaraba la existencia de un Estado palestino (el día 15), pero también aceptaba las resoluciones 242 y 338 de Naciones Unidas, lo que suponía el reconocimiento implícito de Israel. Se expresaba una voluntad democrática (de dudosa aplicación posterior), el principio del multipartidismo y los derechos de las minorías a vivir en un "Estado de Palestina para los palestinos".

La decisión del rey Husayn I de romper todos los lazos jurídicos y de soberanía que ligaban a su Estado con la secuestrada y martirizada Cisjordania (31 de julio de 1988), con ser un acto de objetividad estratégica, había sido también un hecho de enorme valentía y de profunda resonancia, que tendría en Madrid su posibilismo fundamental.

La idea confederal (Jordania-Cisjordania), esbozada por la representación jordano-palestina a su llegada a la capital de España, con ser una vieja idea que se había debatido conceptualmente en los foros internacionales, dicha por sus interesados más directos, resultaba ser lo que podríamos definir como la razón **fundacional** de la paz para Oriente Próximo.

Las definiciones jurídicas y territoriales de ese Estado llevarán tiempo, y sufrirán fortísimas negaciones, exigiendo una ductilidad y una paciencia fehacientes entre los interlocutores respectivos. Pero básicamente se concibió como **idea-puente** entre un improbable Estado palestino independiente a ultranza, que no toleraría Israel, y una autonomía devaluada de Gaza y Cisjordania, que apenas ocultaría el protectorado despótico de la política israelí sobre estos territorios.

Otra cosa es que si ese Estado confederal se consiguiese formar, las fuerzas radicales palestinas no terminarían desplazando a la monarquía hachemí. Con ser una posibilidad estratégica **intensa**, sería asimismo una torpeza muy seria, pues promovería un crítico foco de conflictos en la región, y el propio Israel no permitiría una involución de esa magnitud, so pena de que los palestinos fuesen prácticamente "barridos" hacia el lado oriental del Jordán, mientras en Cisjordania se configuraba una

Palestina sionista, fortalecida por la inmigración ex soviética (cálculos de 1.400.000 colonos judíos para el período 2010-2015).

Subsistiría el problema de Líbano y el Golán. Sin recurrir al manido procedimiento de enviar a los **cascos azules**, tropas estadounidenses y europeas (entre ellas, efectivos rusos), podrían ocupar, por un período inicial de 18-24 meses, estas disputadas alturas, en una franja no superior a los 2-3 kilómetros de profundidad, mientras los sirios recobraban la soberanía de Kuneitra, capital efectiva del área, y se establecían mecanismos de regulación y explotación conjunta de las fuentes de agua. En cuanto al sur de Líbano, el desarme de las milicias **extrañas** (proisraelíes, proiraníes o prosiríes) sería asunto comprometido, pero si Damasco colaborase podría llevarse a cabo con prontitud. Tropas libanesas, con ayuda nuevamente estadounidense, europea y africana, podrían instalar una franja de seguridad algo más profunda a la establecida en el Golán (entre 6-8 kilómetros).

Jerusalén, símbolo de tres fundamentos culturales, debería adoptar un estatuto de internacionalidad, con un Parlamento conjunto israelo-palestino. Su función **mágica**, ciertamente, sería la de actuar como capital de una deseable Confederación entre Jordania, Palestina, Líbano e Israel, magno proyecto que sentaría las bases de una recuperación económica y sociopolítica de este viejo escenario de conjuras y batallas.

Estas podrían ser algunas de las directrices que Madrid, como conferencia entre la razón y el cálculo, podría desarrollar en su seno en beneficio no ya de la paz, siempre una utopía, sino del hecho incuestionable de que no es necesaria la guerra para alcanzar la seguridad, sobre todo si existe una tan brutal y desoladora experiencia como la conocida en Palestina. ■

BIBLIOGRAFÍA SELECTIVA

- BEN AMI, Shlomo, y MEDIN, Zvi: *Historia del Estado de Israel*, Ediciones Rialp, Madrid, 1981. Especialmente páginas 39-52, 62-90, 93-98 y 214-238.
- CHEVALIER, Jean-Jacques: *Les grands ocures politiques. De Machiavel a nos jours*, Armand Colin, Paris, 1970, fundamentalmente, páginas 260-263.
- HEIKAL, Mohamed: *Otono de furia. El asesinato de Sadat*, Argos y Vergara, Barcelona, 1983, páginas 92-99.
- LOPEZ GARCIA, Bernabé: *Los Palestinos*, en "Cuadernos de Historia 16", Madrid, 1990, fundamentalmente, páginas 6-10, 14-15 y 22-29.
- LORCH, Netanel: *Las guerras de Israel. Arabes contra judíos desde 1920*, Plaza & Janés, Barcelona, 1983, esencialmente, páginas 48-67, 191-232 y 286-298.
- MERLE, Marcel: *Forces et enjeux dans les relations internationales*, Economica, Paris, 1985, páginas 53-70 y 279-295.
- MOLINERO, Fernando, y MENDEZ, Ricardo: *Espacios y sociedades. Introducción a la geografía regional del mundo*, Ariel, Barcelona, 1984, especialmente, páginas 512-537.
- REICHERT, Rolf: *Historia de Palestina*, Herder, Barcelona, 1973, páginas 37-59, 65-90, 110-138 y 160-198.
- RENOUVIN, Pierre: *Historia de las relaciones internacionales*, Akal, Madrid, 1982, únicamente páginas 878-891.
- VERGES, Jacques, M.: *Los fedayín. En defensa de los guerrilleros palestinos*, Anagrama, Barcelona, 1972, páginas 42-59, 78-96 y 111-130.